

LA MANO

La noche de un caluroso viernes de verano, en Pozuelos de los Arroyos se celebraba el día de la patrona de éste pequeño pueblo del sur de la península. Benito y su pandilla prefirieron pasarlo en el cementerio, bebiendo litronas, comiendo patatas de bolsa y pasándose unos pitillos mientras recordaban anécdotas del instituto, sin saber lo que esa noche les. Sin saber que uno de ellos no volvería a ver la luz del sol.

Eran tres amigos en la flor de la vida a los que se la traía floja cualquier problema o tendencia que preocupara o interesase al resto de los habitantes de Pozuelos. También odiaban la beatería que despertaban las fiestas de la patrona, pero aprovechaban esos días para pasárselo en grande a su manera.

Manuel Castillo era un muchacho rebelde, con ciertas inquietudes y adicto a las pesas y anabolizantes. Tenía un humor un tanto estrambótico y abstracto que originaba todo tipo de situaciones peculiares para el deleite del resto de sus amigos. Dejó los estudios después de sacarse el graduado y ocupaba las tardes ayudando a su padre, el enterrador del pueblo, a mantener limpio el cementerio.

En cuanto a Alex Cueto, se podían contar ciento y una anécdotas. Era el mediano de sus doce hermanos y aunque a su edad debería haber terminado la ESO., continuaba repitiendo año tras año el mismo curso a pesar de que su nivel intelectual era mucho más alto que el de muchos de sus compañeros que aprobaban y le iban dejando atrás. Su obsesión era una emisora de radio que instaló en su habitación cuando era solo un niño y que invadía las ondas radiofónicas en algo más de cuatro o cinco kilómetros a la redonda. Siempre estaba quejándose por sus carencias amorosas. Buscaba una chica, la que fuese, que le hiciera olvidar sus neuras; pero las chicas pozueleñas solo se fijaban en los chicos que vestían ropa cara, que profesasen una devoción ciega por la patrona y que tuviesen moto.

En cuanto Benito Padilla, él era sencillamente un pasota. Un chaval asqueado de vivir en un pueblecito rural donde no demostrar tendencia religiosa alguna o manifestar disconformidad con las sevillanas o la rumba eran motivos suficientes para ser considerado como un ser extravagante llegado de otro planeta, de un mundo de herejes de una galaxia muy, muy lejana y cuyos habitantes, en Pozuelos de los arroyos no eran bienvenidos. Afortunadamente canalizaba el odio hacía sus paisanos pintando, escuchando a Def Con Dos y leyendo todo tipo de libros.

Los tres hablaban y reían con las litronas en la mano como si fueran piratas festejando un abordaje brindando con jarras de ron.

-¿Le pegaste un moco en la pierna? –preguntó Manuel con las lágrimas saltadas de la risa.

-En medio de la clase –contestó Benito apoyando la espalda en una de las lápidas.

-Es verdad –confirmó Alex también con los ojos empañados.

-Sí, mamón, ahora te ríes, pero cuando te lo pegué por poco me pegas.

-¿Té queda cerveza? –preguntó Manuel a Benito.

-Claro.

-Pásame la litri, tío. A mí no me queda.

El Vázquez le pasó su botella.

-¿Y qué dijo la maestra? –dijo Manuel dándole un buche a la cerveza.

-Se puso como una fiera. Me levanté chillando, diciendo que Benito me había pegado un moco mientras veíamos un video en la biblioteca. Encima que este cabrón me pega un moco –dijo Alex señalando a Benito-, me echan a mí de la clase por armar jaleo.

Los tres continuaron con las risas, ajenos al peligro que les acechaba.

-Que mamones.

-No sabes lo que te pierdes por no ir al instituto, tío –dijo Benito atragantándose con las patatas fritas.

-Nos lo pasamos bomba.

-Yo paso de eso –dijo Manuel encendiendo la radio.

Alex se acercó al aparato y comenzó a oscilar el dial del sintonizador intentado localizar la señal de su emisora de radio. Por los altavoces solo se oía estática y de vez en cuando la voz de un locutor o un par de acordes de uno de los éxitos musicales de la temporada.

Bostezando, Manuel devolvió la litrona a Benito, sacó luego otro cigarro y comenzó a fumar.

-Estoy hecho polvo –dijo recostándose sobre un nicho.

-¿Has estado fregando lápidas? –le preguntó Benito.

-Sí, y luego he estado abriendo una tumba con mi padre.

-¿Abrís las tumbas? –preguntó Alex asombrado, olvidándose por momentos de la radio, dejando de fondo el sonido de la estática.

-Claro tío. Y luego las vaciamos –dijo Manuel como si fuera lo más normal del mundo.

-Pero eso no se puede hacer –dijo Benito apurando lo que quedaba de su litrona.

-A ver, no se hace con todas. Cuando el nicho está muy dejado y ya no quedan familiares vivos, hay que vaciarlas para enterrar ahí a otra gente, si no el cementerio se llenaría hasta las trancas.

La explicación de Manuel levantó un halo de morbo en sus amigos.

-¿Qué había dentro de la tumba? –preguntó Benito.

-¿Estaba el muerto descompuesto? –preguntó Alex.

Manuel dio una calada antes de contestar.

-Cuando abrimos un nicho, dentro no suele haber nada. A veces quedan algunos trocitos de hueso y las cadenas y las cosas con las que le metieron en la caja.

Sus dos amigos le escuchaban con atención.

-Qué caña –dijo Alex haciéndose con el cigarro que hasta entonces fumaba Manuel.

-¿Qué hacéis con las cosas que encontráis?

-Mi padre las guarda, pero si hay algo que me gusta y él no se da cuenta me lo quedo para mí. Mirad –dijo Manuel mostrando una medalla que colgaba de su cuello sujeta a una gruesa cadena de oro.

-Joé, tío que mal rollo –dijo Benito dejando a un lado la litrona vacía.

-Yo no podría hacer eso. Yo veo un muerto y me cago vivo.

-Eso me pasa cada vez que abrimos una –confesó Manuel-. Si mi padre supiese que me da miedo, me pegaría un par de hostias. Él lleva en la sangre lo de ser enterrador. Vale para eso porque tiene la sangre muy fría y no se conmueve con nada, pero yo...

Una suave brisa veraniega sopló en medio de la noche y acarició sin prisa sus cuerpos. La noche clara iluminada por cientos de estrellas era todo un espectáculo.

Un par de grillos se fueron a cantar a otra parte.

En todo el cementerio solo se escuchaba el sonido repetitivo de la radio sin ninguna emisora sintonizada.

Alex volvió a manipular el dial. Estar allí comenzaba a inquietarle y tenía la necesidad de hablar y hacer algo para tranquilizarse. No deberían haber sacado un tema de ese tipo en un lugar como ese. La mente podría jugarles una mala pasada.

-¡Vaya mierda! –dijo dándole un golpe a la radio- No pesco mi emisora.

-En los programas de parapsicología dicen que en los cementerios es donde se producen menos actividades paranormales -dijo de pronto Benito con aire solemne, como si fuese un erudito en la materia.

-Eso dicen -dijo Manuel a pesar de que no le apetecía demasiado hablar del tema.

-Esta radio es una mierda -dijo Alex intentando cambiar de tema.

-¿Has visto aquí alguna vez alguna cosa rara? -preguntó Benito a Manuel.

-No. Nunca he visto nada -dijo el hijo del enterrador arrebatándole el cigarro a Alex y dándole luego una intensa calada.

-¿A qué no sabéis lo que me pasó ayer? -dijo Alex intentando captar el interés de sus amigos, obviamente sin conseguirlo.

-Has tenido que ver algo, tío -insistió Benito señalándole con el índice-. Yo que sé, un alma en pena o un ramo de flores moverse solo, algo has visto colega, lo sé.

-No he visto nada. Nunca.

-¿Os queda cerveza? -preguntó Alex con voz temblorosa pensando que la conversación estaba zanjada.

-No me lo creo. Aquí tiene que haber espíritus -insistía Benito sonriendo con malicia, sabiendo que estaba consiguiendo asustar a sus amigos.

-Ya vale -dijo Manuel.

Alex tomó el cigarro que sostenía Manuel, aspiró el humo y apagó la colilla en el suelo percatándose de que su amigo comenzaba a mosquearse con la insistencia del Benito por lo paranormal.

-Admítelo -dijo éste último.

-¡Qué te calles ya! -exclamó Manuel poniendo punto y final a la conversación-
Nunca he visto nada.

Era verdad. Manuel sentía una gran animadversión al trabajo que realizaba en el cementerio. Es más, sentía un miedo atroz. Le asustaba trabajar en un sitio donde había tantos cadáveres enterrados. Creía en todo lo sobrenatural. Le ponía los pelos de punta aquel sitio. Intentaba disimular su fobia, sobre todo delante de su padre. No quería decepcionarle. Tampoco quiso que sus amigos le tomasen por un gallina cuando le propusieron beber cerveza y escuchar música en el cementerio. Aceptó. A esas alturas de la noche se arrepentía.

Benito sonrió y se introdujo un puñado de patatas fritas en la boca, todas de golpe.

Alex se relajó al no oír nada más sobre espíritus o fantasmas. Nunca había tenido miedo a ese tipo de cuentos de viejas como casas encantadas y demás, pero de madrugada, estando solos en un cementerio, es mejor no tentar a la suerte.

-Quita eso, coño –dijo Manuel señalando la radio, harto de escuchar la estática estruendosa salir por el altavoz del aparato.

Alex osciló el dial y dejó puesta la primera emisora que se asomó por los altavoces. Uno de los cantantes de moda berreaba sobre pasitos *pa' lante*, manos hacia arriba y demás patochadas. No era música del agrado de ninguno de los tres. En otro momento se habrían burlado y hubiesen puesto otra cosa urgentemente, pero en ese momento no prestaban atención a la música.

Estuvieron un par de minutos en silencio, escuchando la música sin escuchar, intentando recuperar la diversión de la que disfrutaban desde el principio de la noche, pero ninguno lograba volver a evocarla. Era inútil.

Al fin, Alex iba a decir que se iba a su casa, pero Benito se adelantó diciendo:

-¿Habéis oído?

-¿Qué? –preguntó Manuel.

-Baja la música –ordenó Benito a Alex.

El joven obedeció y observó a su amigo que miraba en derredor como si esperase encontrar algo entre la oscuridad.

-Déjate de *cachondeo* –dijo Alex cada vez más asustado.

-Calla coño.

-Estás de guasa –aseguró Manuel.

-¡Silencio!

Manuel y Alex se miraron mutuamente. No les hacía gracia la broma.

-No me digáis que no lo habéis oído –dijo Benito sin dejar de escrutar el entorno.

-Que no, coño. Yo no he...

Manuel dejó a medias sus palabras. Un crujido que sonó muy cerca de allí le interrumpió. Era como si alguien hubiese pisado una rama seca, pero en el cementerio se suponía que solo estaban ellos tres.

-Ostia puta, yo lo he escuchado –dijo Alex pegando su espalda contra la lápida con tanta fuerza que parecía que quisiera atravesarla.

-Tranquilo –intentó apaciguarle Manuel-. Lo que hemos oído no es nada. Yo escucho cosas como esas aquí todos los días. Si os ponéis a imaginaros cosas raras podría darnos un chungo.

-Yo me voy a mi casa, macho –dijo Benito incorporándose.

-Y yo a la mía –dijo Alex levantándose también.

-¿No me vais a ayudar a recoger?

-Ni en broma, estoy cagado tío –dijo Benito.

-Yo no me quedo aquí más tiempo –añadió Alex.

-Si mi padre encuentra esto así mañana por la mañana no habrá quién lo aguante.

Ayudadme tíos –les pidió Manuel.

-Mañana por la mañana si quieres vengo y te ayudo antes de que venga tu padre pero ahora yo me piro –dijo Benito.

Manuel miró a Alex y éste bajó el rostro.

-Vale iros –dijo el hijo del enterrador-. Ya me pediréis algo que por mí os pueden ir dando por culo.

Alex y Benito le dieron la espalda dispuestos a marcharse y Manuel se agachó para recoger los cascos de las tres litronas. Entonces un nuevo crujido le sobresaltó, provocando que se le escapara una de las botellas que se hizo añicos contra el suelo. Benito y Alex también habían oído el nuevo crujido, y el ruido de cristales rotos sirvió como pistoletazo de salida para que los tres emprendieran una loca carrera hacía la parte más baja de la tapia del cementerio por donde habían saltado para entrar. Por el camino, Benito tropezó y calló al suelo. Manuel, que hasta entonces iba en último lugar le adelantó. Desde el suelo, Benito sintió la misma presencia que le inquietó antes de que manifestara su deseo de salir de allí, sintió una oscura amenaza que se le acercaba sin buenas intenciones.

Benito se levantó gritando, y sin mirar atrás reemprendió su sprint. Ir el último le ponía los pelos de punta. Saber que solo le separaba de las garras del mal una fina capa de aire le disparó las pulsaciones y le erizó los pelos de la nuca.

-¡Corred, corred, corred! –repetía alentando a sus amigos a pesar de que estos le sacaban bastante ventaja.

Alex fue el primero en ponerse a salvo. De un brinco se encaramó al borde de la tapia, levantó una pierna para coger impulso y su cuerpo desapareció de la vista de Benito.

El segundo en saltar fue Manuel, qué antes de pasar al otro lado vio a su amigo

corriendo, a tan solo tres metros de la tapia. Él también sintió la extraña presencia que les impulsó a escapar de allí. No la vio pero la sintió acechando a Benito, el único de ellos que aun seguía corriendo intentando salir del cementerio.

Los brazos no aguantaron más su peso y Manuel se dejó caer al otro lado. Benito vio a Manuel desaparecer por el borde de la tapia, como hacía unos segundos lo había hecho Alex. Ahora le tocaba el turno a él. Alargó los brazos y saltó, agarrándose al chaflán de la tapia.

El miedo y el terror comprimían su cerebro y se disponían a batir el record de pulsaciones por segundo con su corazón. Benito lo intentaba pero sus miembros no le respondían como debieran, quería subir, saltar y pasar al otro lado, pero parecía que le faltaran fuerzas.

Miró hacia atrás. No había nada, pero sabía que el monstruo estaba allí, observándole, esperando el momento propicio para lanzarse sobre su jugoso cuerpo y devorarlo. Sí, estaba allí, clavando sus ojos en él desde la oscuridad.

Sentía la cabeza hinchada, a punto de estallar. Benito, como cualquier persona normal, no quería morir, y mucho menos morir sufriendo.

Con renovados ánimos hizo acopio de sus fuerzas y encogió los brazos alzando su cuerpo. Ya solo tenía que alzar una pierna para apoyarla en el borde de la tapia y lo demás sería pan comido. El problema vino cuando sintió que algo se aferraba a su pierna al intentar levantarla del suelo. Era como una mano que tiró con fuerza del pernil de su pantalón. Esa cosa no quería dejarle escapar.

Su corazón pisó el acelerador sin permiso y se puso a mil por hora. Un temblor que hacía castañetear sus huesos se apoderó de todo el cuerpo del joven.

Intentó zafarse de la presa de la pierna, pero la mano de aquella cosa maligna no le soltaba. Benito no se atrevía a mirar hacía abajo, por miedo a encontrarse con la

mirada de un muerto viviente babeando por hincarle el diente... Eso fue en lo último que pensó, pues la vista comenzó a nublársele y la fuerza comenzó a abandonarle mientras que el miedo se atrincheraba y se hacía fuerte en su mente, moviendo los hilos adecuados para provocarle al chaval un ataque al corazón.

Cuando sintió la presión y el dolor en el centro justo del pecho se soltó de la tapia sabiendo que se acercaba el fin. *Esto es todo amigo*. Se acabó la función.

Es difícil decir qué fue lo que le mató primero, si el infarto o el golpe con la piedra en la nuca, un golpe que le hizo ver estrellitas brillantes que explotaban ante él como pompas de jabón. El dolor en el pecho se iba amortiguando al igual que sus latidos, qué resonaban en sus oídos como si fuesen truenos en la lejanía. No podía moverse y antes de morir creyó que vería el rostro horrible del maligno ser que les había asustado y seguido por el cementerio, el monstruo deforme que le observó desde la oscuridad antes de agarrarle una pernera del pantalón. Sus ojos perdieron su capacidad visual y luego, el joven expiró sin ver nada más que las estrellas en el cielo despejado y la copa de un pino cercano.

Benito murió sin saber que lo que les asustó y les hizo huir había sido su imaginación, que Manuel tenía razón y que ese tipo de chasquidos era muy normal en el cementerio, que la mano que le había agarrado del pernil del chándal no pertenecía a un zombi o a un monstruo. De hecho, esa mano no pertenecía a nadie, era una simple ramita de un arbolito pequeño que se le había enganchado en la pierna.

Sus amigos no miraron atrás después de saltar la tapia y salir corriendo cada uno hacia su casa, y por eso Benito murió tendido entre la hierva del cementerio, solo, sin compañía, en el único lugar donde nadie se imagina que va a morir.